

Mercado

Imaginemos que estamos frente a una cosa sin forma definida, fluctuante, sometida a oscilaciones irregulares. Una red sin jerarquías deformada por múltiples tensiones asociadas a oportunidades superpuestas. Una cosa excesivamente escurridiza, de perfume cambiante y de imagen camaleónica. ¿Qué tipo de vínculo debemos establecer con algo que tiende constantemente al cambio? Descripta en estos términos se nos presentarían al menos tres maneras de posicionarnos frente a ella. La primera y más inmediata sería establecer una relación de cercanía. Cuanto más próximo nos situemos respecto a ella, mejor. Intentar sentirla cerca, vigilar sus latidos, abrazarla hasta adquirir su perfume. Ofrendarle nuestra identidad o dicho en otros términos: camuflarnos en la cosa. La segunda opción sería dejarla completamente de lado. Alejarnos de ella, escaparnos lo más lejos posible. Olvidarla definitivamente y empezar a imaginarnos otra cosa -nueva, perfecta- como si aquella otra nunca hubiese existido. Ensayar una especie de tabula rasa quizás muy moderna, quizás nada pragmática. Finalmente, la tercera estrategia consistiría en manipularla rápidamente hasta que adquiriera sentido. Retirarnos al instante y desde una distancia media observar atentamente su comportamiento. Volver a ella y alejarnos siempre hacia un punto distinto hasta lograr envolverla con nuestra mirada. Construir una distancia crítica que nos permita conocerla hasta reconocernos. Fabricar un nuevo plan de acción que diluya nuestras ambiciones en sus necesidades. Volver a la carga como un eterno turista. Y así mil veces.

Sebastián Adamo, Marcelo Faiden. 2007.